

guiente, debían ser obispos. De semejante manera podía ser la Iglesia de Éfeso como centro de evangelización de las ciudades vecinas del Asia, donde estuvieran reunidos varios «profetas y doctores», revestidos del carácter episcopal, quienes al mismo tiempo gobernasen con jurisdicción delegada por San Pablo la Iglesia de Éfeso. En tal hipótesis, se verificarían mejor que en la de simples presbíteros las expresiones de San Pablo, sin que por esto tuviéramos propiamente pluralidad de obispos en una ciudad.

Cada una de estas dos hipótesis podría todavía reforzarse, si en la primera suponemos que junto con el obispo de Éfeso estaba presente el de Mileto, donde actualmente se hallaba San Pablo; y si en la segunda suponemos que a los «profetas» revestidos del carácter episcopal les confería el Apóstol, al despedirse definitivamente de ellos, la jurisdicción ordinaria y fija de aquellas Iglesias.

Confesamos que antes de abandonar la interpretación tradicional del texto de los Hechos adoptaríamos cualquiera de estas dos hipótesis. Pero al fin, estas hipótesis, sin ser desesperadas, no son sino suplementarias. Sin necesidad de apelar a ellas, tenemos la expuesta anteriormente, que aun cuando no llegase a la certeza moral, que en nuestro sentir tiene, sería más que suficiente para no abandonar una interpretación de la Escritura tan acreditada en la Iglesia.

José M. BOVER.

BIBLIOGRAFIA

Abbé Rodulphe Hoornaert, docteur ès-Lettres. Sainte Thérèse Ecrite par lui.—Son Milieu—Ses Facultés—Son Oeuvre. Desclée, De Brouwer & Cie. Paris-Lille-Bruges, 1922. 20 por 13 cm. y 652 págs., más XX de introducción.

Santa Teresa, como todos los grandes escritores, rebasa los límites de un pueblo y de una época; es universal, refleja en su más amplio sentido la naturaleza humana, y por eso la saborean los hombres todos, nazcan donde y cuando quieran.

Pero tiene una particularidad muy suya, muy española, que, para los nacidos en Castilla, en los lugares de Castilla, determinados por el alma y el habla más que por fronteras políticas o administrativas, es un verdadero estorbo, una valla, que les impide llegar a ella de cerca, un velo, tenue si se quiere, que les enturbia la visión clara, precisa, completa de su alma, ver-

tida en sus escritos con la espontaneidad de un manantial virgen. Ese esfuerzo, esa valla y ese velo es su decir españolísimo, familiar, casero, que sólo se oye al amor de la lumbre en los hogares castellanos, donde aun no han llegado ni los convencionalismos de la moderna cultura ni el empecatado lenguaje de los periódicos. Para los que estudian y juzgan el castellano por los rigores académicos y los tiquismiquis gramaticales, Santa Teresa es libro cerrado.

Por eso, al tomar una obra extranjera sobre *Santa Teresa escritora*, instintivamente se sonríe uno y piensa: ¿La habrás entendido?

Y sí que la ha entendido el Sr. Hoornaert; sí que ha penetrado en el alma de la Santa, a través de *fermosa* y *enmarañada cobertura*, y no sólo en la sustancia de ella, su manera de pensar y sentir, sino hasta en las filigranas casi imperceptibles de su charla deliciosa, femenil, arranciada. Largos años dice que le ha costado su trabajo: después de leerlo lo creo a pie juntillas: pero el trabajo le ha cundido, y el fruto no lo habrá dejado descontento.

Para estudiar el carácter literario de Santa Teresa, lo primero es examinar lo que debe a las causas exteriores, que contribuyeron a formarlo: Santa Teresa es de su tiempo, y pensaba y sentía como los españoles de entonces. Es lo que el autor llama *el Medio*: en cuatro capítulos nos describe la España del siglo XVI, ruda, militar, agobiada por su misma grandeza, que, cuando se ve en la cumbre del poder político y de las riquezas venidas de las Indias, como si aun se sintiera para más, agujajada por sus energías y por el hastío de lo terreno, se lanza a las conquistas espirituales, ora en los claustros, ora en los campos de batalla, donde se refían las luchas de la fe. De ahí nació el ascetismo español, pujante, austero, dominador, sin contemplaciones con los enemigos del alma, como sus tercios lo eran con los enemigos de la Iglesia; vestido en su ropaje con las galas del Renacimiento literario, que no sirvieron acá para prostituir las ideas cristianas, aun cuando las manejaba la musa alegre, socarrona, de los autores profanos, o la enfáticamente épica de los Libros de Caballerías, que tanto embelesaban a la doncella hija de Alonso de Ahumada.

La segunda parte, también de cuatro capítulos, analiza las facultades literarias de la Santa; su sensibilidad y su inteligencia; su paulatino desarrollo, su influjo mutuo, las causas que hacen predominar a los principios ora la una ora la otra, en los días en que su vida fluctuaba sin el rumbo que después siguió derechamente: el maravilloso equilibrio y maridaje de ambas, reflejado en aquel su continuo ajetreo de fundaciones y dirección de la Orden; trabajos, cartas, persecuciones, todo lo que puede secar el corazón, y los arroboes de su alma encendida para con Dios, y la compasión y cariño maternales para con sus hijas y con cuantos se le acercaban. El mis-

ticismo español se distingue por sus tendencias prácticas, de acción; y Santa Teresa va delante de todos los que por los caminos de la mística andan. Su desprecio de lo criado, sus ansias de lo infinito no la llevan al pesimismo de los filósofos alemanes, ni a la ociosidad teosófica de indios o alumbrados, sino todo al revés, a la compasión de las miserias, a la compasión de Cristo llagado, que parece haber sido su Cristo peculiar, a trabajar por que todas las nadas del mundo se truequen, por el servicio de Cristo, que también parece su lema, en grandezas. Por eso, si los gustos de la oración la hacen suspirar por el retiro, el ver a Cristo perseguido por los luteranos y desconocido por los indios, la empuja a la obra. Y el resultado de esas dos fuerzas, que, separadas, o hubieran aniquilado la mística o agostado la Reforma del Carmen, fué el corazón de Teresa, que así negociaba con el Rey como cantaba coplas y danzaba entre sus monjas; que en cartas medio cifradas, por la responsabilidad en ellas encerrada, se entretenía en contar niñerías..., niñerías para los de fuera de casa, delicadezas maternales para sus hijas.

De singular interés y de profundo estudio es el capítulo IV, sobre la influencia que los estados místicos pueden tener en el entendimiento y en la sensibilidad humana, y la que tuvieron sobre los de Santa Teresa. No hay más que leer con atención sus páginas para ver que, lejos de atenuarse la sensibilidad, se afina y perfecciona; sus arranques encendidos, continuos, nos la muestran enamorada de Cristo; pero con un enamoramiento que no pierde de vista jamás que Cristo es Dios y ella criatura baja; y respecto de las demás cosas, de sus prójimos, «Teresa, después de no importarle nada lo que no fuera Dios, llegó a ver a Dios en todas las cosas... Teresa, en medio de los acaecimientos de la vida contemplativa, conservaba su corazón en contacto estrecho con las cosas más menudas de aquí abajo; y de la junta de ambos elementos nacieron ese encanto singular, esos toques delicados, que eran para sus contemporáneos, y son hoy para nosotros, el secreto de su influencia».

Pasa el autor a examinar la cuestión en tesis, la especie de inmovilidad que el éxtasis lleva consigo, y sus diversas explicaciones; razona bien la diferencia entre los éxtasis de la mística católica y de la heterodoxia o budismo, y deduce «que no se puede demostrar que los estados místicos, y en particular el éxtasis, perjudiquen al entendimiento; lo contrario parece más cierto... El éxtasis místico católico es una síntesis total, en que interviene el entendimiento, porque conoce o ve, y acompaña la voluntad amorosa».

Los capítulos segundo y tercero de la tercera parte son más bien de erudición bibliográfica: fuentes donde bebió Santa Teresa sus doctrinas, y examen concreto de cada una de sus obras: argumento, fecha de la composición, manuscritos, ediciones, etc. Más importancia y novedad tienen el pri-

mero y el cuarto. Empieza por describir el españolismo de la literatura teresiana, realista, que nos guía a aquellos tiempos y nos enseña sus costumbres, desde las caseras hasta las caballerescas; estudia su importancia para conocer el desarrollo de la lengua y de la morfología, entonces en plena formación; analiza las ideas, que, por decirlo así, impregnán todos sus escritos, y los resume en el *Todo es nada y sólo Dios basta*; lo que la Santa pensaba sobre la oración y la acción, sobre los problemas que entonces dividían a Europa y aun a España, la autoridad de la Iglesia y los *alumbrados*. Y termina con un estudio acabadísimo del estilo de la Virgen de Avila, sus defectos tan simpáticos, su viveza por pocos igualada en la narración, su ironía delicada y penetrante, su arte en manejar la *mano izquierda*, su grandísimo sentido común y penetración sicológica en juzgar a los otros y en discernir las facultades interiores, en lo que nadie la ha aventajado; y sobre todo ello, derramándose encima de sus tratados místicos y de sus cartas familiares, la naturalidad ingenua, la gracia nativa, el alma que se sale a borbotones, aquella alma tan alta y tan humana.

Buena obra ha hecho el Sr. Hoornaert; buen recuerdo del Centenario Teresiano nos deja; tan bueno, que acaso no lo haya mejor; y buena lección nos ha dado a los españoles, que descuidamos estudios como el presente. Dice en la conclusión del libro que «en Teresa de Avila se ha honrado a la Santa, se ha celebrado la Doctora; pero no se ha admirado bastante a la escritora». No estoy conforme: pocos escritores españoles son tan admirados; porque la admiración más evidente es la lectura, y pocos o ninguno son tan leídos en España como Santa Teresa. La admiración de Cervantes no empezó cuando los académicos y literatos se dieron a catalogar las bellezas de su Ingenioso Hidalgo, sino cuando hasta los pajes y dueñas se lo disputaban en antesalas y estrados. Justo es, con todo, que lo hecho con Cervantes se haga con Santa Teresa, y mucho se lo agradecemos al insigne sacerdote belga.

Al cual, por bien que conozca el castellano y por largas que sean las horas empleadas en descifrar las frases menos académicas de la añeja charla, le ha fallado la diligencia en algunas minucias: no es cargo; lo raro es que los tropezones sean tan pocos. *Traer al retortero* es bastante frecuente en los escritores familiares de la época: lo mismo que el amontonar las preposiciones, como en la frase citada (pág. 268) *bastimentos para contra él*, y alguna otra cosilla, v. gr. la *sidra* de que abastece a las ventas castellanas (pág. 33).

Peor nos saben por acá algunos juicios esparcidos en la primera parte contra Felipe II y contra la Inquisición; no que pretendamos excusar todos sus actos; donde intervienen hombres, necesariamente hay quiebras; pero de ahí a condonar el castigo de los herejes por el brazo secular bien asen-

tado; de ahí a decir que la antipatía de Santa Teresa por Andalucía se originaba en parte de estar allí el Inquisidor General, hay mucha diferencia. Ya sé que a los españoles rancios se nos tilda de exagerados en este punto; pero ¡qué le vamos a hacer!

C. BAYLE.

Tractatus de Deo Criatore et de Novissimis, auctore Joanne Muncunill e Societate Jesu. Typis Librariae Religiosae, in Via Aviñó, 20, Barcinone, MCMXXII. Un volumen de 234 por 151 mm. y XVI-711 pp.

El presente tratado de Dios Criador y de los Novísimos constituye el 6.^o tomo del curso teológico que con tanta aceptación de los entendidos está publicando el Rdo. P. Muncunill. En la introducción nos indica las materias que comprende y el método que en él se adopta. Después de tratar de Dios Trino conviene que se hable de las obras que salieron de sus divinas manos para movernos a tributarle el debido culto. Todas ellas pueden reducirse a tres capítulos: a los ángeles, hombres y criaturas irracionales; por eso el tratado se distribuye en esas tres partes o disputas. En la primera se diserta sobre la creación, conservación y operación de todas las cosas y especialmente del mundo visible; las otras dos se reparten entre los ángeles y los hombres.

Empieza el esclarecido autor por el mundo visible, porque la Sagrada Escritura habla de él más abiertamente, y porque es lo primero que se ofrece a nuestros ojos; sigue la cuestión de los ángeles, porque en nobleza y tiempo de creación aventajan grandemente a los hombres; en tercer lugar viene el hombre, del cual expone únicamente lo que se contiene en las Sagradas Letras y en la tradición católica, y se omite, o brevemente se toca, cuanto pertenece al dominio de la Filosofía. Al finalizar la primera disputa se discurre acerca del ente sobrenatural, no por ser cosa visible, sino porque concierne a los ángeles y hombres, y conviene tener noticia de aquél antes de que se estudie especialmente a éstos. Añádese al tratado de Dios Criador el de los Novísimos; así lo ejecutan algunos autores modernos y en el Colegio de Sarriá suelen entrampas materias juntarse. El método usado en la explicación de los temas será el escolástico empleado ya en los otros volúmenes y que el preclaro P. Muncunill piensa seguir en los venideros si el Señor le concede vida para llevarlos a feliz término.

Desde luego el orden establecido en las materias es claro, preciso, bien determinado. A algunos no les complacerá que se trate de los Novísimos después de Dios Criador, como lo hacen también el Cardenal Mazzella y el P. Pesch, por parecerles que reclama el postre lugar de la Teología: pues a Dios santificador debe seguir Dios remunerador; pero pensamos que entraña poca importancia este cambio de tratados.

Lo que no puede menos de reconocerse y alabarse es que, en su género, el tratado resulta completo; no hay punto de algún interés que no se discuta y exponga más o menos ampliamente; tal vez se alargue demasiado en algunas materias, v. gr. en la explanación de los sistemas escolásticos sobre el concurso divino y en las cuestiones referentes al alma humana. Son temas que, por discutirse en varias ocasiones, se hacen pesados si no se tratan con sobriedad.

Conócese ya por los otros tomos el criterio del ilustre jesuíta; aparece como tomista, pero mitigado o ecléctico. A santo Tomás cita a cada paso y procura seguirle en todo, y si alguna vez se aparta de su parecer tiene cuidado de no mencionarle entre los adversarios; o de alegar frases suyas que parezcan favorecerle. Al dilucidar, por ejemplo, la cuestión sobre el concurso divino en las acciones libres de las criaturas, explica en un artículo la mente del santo Doctor en lo que mira a la predeterminación física, y le considera opuesto a ella, opinión mantenida recientemente por el P. Stufler, S. J., a quien no cita el autor, y que ha promovido una brava controversia. En la distinción específica de los ángeles, en que se aparta de los tomistas, aduce a Juan de Santo Tomás, Gotti, Billuart, como patrocinadores del sentir de que todos los ángeles difieren en especie, sin que se den dos que se distingan por la sola individuación; del Angélico, cuya opinión es harto notoria, no dice nada. En otras sentencias abraza las que se le figuran más justas y fundadas. No juzga improbable, v. gr., que la criatura pueda ser instrumento de la creación por elevación extrínseca; expone los días genesíacos en sentido real, excepto la significación de la voz día, que lo toma como símbolo de sucesión en las obras de Dios; sostiene contra Suárez que no puede darse especie impresa en la visión de Dios, etc.

A la abundancia de doctrina y recto criterio se juntan otras dos cualidades que nos parecen formar el distintivo de este texto; la claridad en el exponer las cuestiones y la solidez en el raciocinio. Explana el P. Muncunill la materia con tanta naturalidad y palabras tan inteligibles, que sin dificultad y esfuerzo se entiende perfectamente; la acción creativa, el concurso divino, la criatura como instrumento de la creación, la imposibilidad de una sustancia sobrenatural, la naturaleza del *lumen gloriae*, la especie impresa en la visión divina y otros puntos espinosos están expuestos con perspicuidad, con términos precisos y claros. Los argumentos se sacan de las mejores fuentes; en los Padres se remite a la patrología de Migne, lo que da seguridad a sus testimonios. Alega 225 autores entre Padres, Pontífices, teólogos y escriturarios e infinidad de obras. Unicamente hemos de advertir que al mencionar a los protestantes y herejes no acude a sus propios libros; toma sus citas de segunda mano.

Puédesele acaso acusar de que fuerza un poco ciertos testimonios para

acomodarlos a opiniones preconcebidas. Traeremos algunos ejemplos. Al exponer la pura espiritualidad de la naturaleza angélica toma a pechos contar a San Basilio entre los Padres griegos que la defienden. Se objeta un texto del Santo en que dice que «la sustancia de las virtudes celestiales, esto es, el espíritu es áereo o fuego inmaterial... por esta causa están en un lugar, se hacen visibles y aparecen, en la especie de los propios cuerpos, a los que son dignos», y contesta diciendo que los ángeles según San Basilio, son fuego *inmaterial*; si fueran corpóreos serían fuego material; carecieren, de cuerpo; y aéreo, por lo tanto, debe tomarse en sentido metafórico; la aparición en especie de cuerpos propios significa en cuerpos no suyos sino apropiados. Pero lo primero que salta a la vista en tal interpretación es la sinrazón de interpretar al aéreo atendiendo al fuego inmaterial, y no el fuego inmaterial atendiendo al aéreo. San Basilio afirma que los ángeles son aéreos, esto es, corpóreos; fuego inmaterial, por lo tanto, debe tomarse en sentido metafórico, es decir, por sutil. Con la misma razón puede darse esta interpretación que la del P. Muncunill. Además el contexto no favorece al insigne autor; se afirma que están en un *lugar*, se hacen *visibles*, se aparecen en especie de *propios* cuerpos. Ni importa que en otra obra asegure el Santo que su sustancia es simple e inmutable; no se contradice, pues por su sutileza y persistencia en el mismo ser pueden aplicarse a los ángeles esos conceptos. El P. Otten en *A Manual of the History of dogmas* (1, 294) escribe al discutir la espiritualidad de los ángeles: «San Gregorio Nazianzeno no sabe si los ángeles son puros espíritus, aunque se inclina a pensar lo; San Basilio, en cambio, parece estar enteramente cierto de que no lo son». Y trae para comprobarlo el texto que se ha controvertido.

La deducción de la ciencia extraordinaria o estupenda de Adán por haber impuesto nombre a los animales no a todos parece tan legítima, y oponen dudas que convendría desvanecerlas. Es algo demasiado afirma Van Noort, concluir de ese hecho que Adán conociese plenamente la naturaleza de todos los animales. Y el Sr. Amor Ruibal testifica que el pensar que las palabras expresan el valor esencial del objeto por relación interna con él es una teoría platónica. A su juicio el texto no significa otra cosa sino que «Adán, dentro de la lengua que comenzó a utilizar, usurpó un nombre que tenía razón de ser en ella, o que el nombre que dió a las cosas fué el que prevaleció». Cayetano y otros, al decir de Van Noort, imaginan que es un símbolo para denotar el pleno uso de la razón en Adán y su dominio y señorío sobre los brutos animales. Extraña ciertamente es semejante interpretación; pero el magisterio eclesiástico, como advierte dicho teólogo holandés, nada ha decidido en esta materia.

El P. Muncunill se esfuerza en patentizar que San Agustín no tuvo a la concupiscencia por pecado ni aun como elemento material del mismo; y

alega algunos textos aislados que parecen demostrarlo; mas esos textos no son tan convincentes por referirse a los bautizados. El presbítero irlandés Patricio J. Toner que en su *Dissertatio Historico-Theologica de lapsu et peccato originali* hizo un estudio sobre este punto, formula la siguiente proposición: «Realmente o ignoran o disimulan la sentencia de San Agustín los que niegan haber enseñado el Santo que la concupiscencia era pecado en los *no bautizados* y que ella con su reato constitúa el original.» «A la concupiscencia en los nacidos, añade, atribuye el Santo Doctor el pecado, la pena del pecado y la causa y fómito del pecado; a la misma en los *renacidos* las dos últimas cosas.» Dice asimismo que la opinión del Angélico en esta cuestión es oscura, y que los neotomistas se apartaron del sentir de los antiguos tomistas. *Ad hanc promovendam positionem secundum quam, concupiscentia ex ratione originalis culpæ omnino excludenda sit multum contulerunt theologi Societatis Iesu, quarum agmen ducunt Belarminus et Suárez (de Vitiis et Pecc. Disp. IX, sect. 11, 18).*

Algo dificultoso se nos hace el admitir que no se puede sacar argumento cierto de San Agustín sobre la pena de sentido de los niños muertos sin bautismo; pues parece absolutamente afirmarlo, aunque observe que la tal pena será suavísima. Y algunos santos y no pocos teólogos movidos nada más que por la grande autoridad de San Agustín han sostenido la misma opinión.

Cuestiones son estas en que fácilmente pueden ponerse reparos por no traspasar los límites de la probabilidad; en lo que no habrá discordia es en admitir que este tomo no desdice en nada de los anteriores publicados por el preclaro autor y que han merecido tan excelente aceptación de los doctos. Se presenta para su fácil manejo con tres índices, uno de partes, otro de personas y un tercero de cosas notables, y con un catálogo de autores de consulta al principiar la discusión de las cuestiones principales para servir de guía a los que en ellas deseen profundizar. Que el Señor bondadoso quiera conceder larga vida al esclarecidísimo autor para terminar una Teología de tanto mérito.

A. PÉREZ GOYENA.

